

Ideas sueltas para una etnografía reencantada¹.

“De todos los acontecimientos en los que participamos, con o sin interés, la búsqueda fragmentaria de una nueva forma de vida es el único aspecto todavía apasionante”

Guy Debord.

“Toda teoría crítica sobre la creación de un nuevo imaginario que se desee emancipador corre a su fracaso si la primera no se formula y el segundo no se genera sobre la base de su experiencia y de su experimentación”.

Eugenio Castro

Tradicionalmente, la investigación etnográfica ha pretendido revelar los significados que sustentan las acciones e interacciones que constituyen la realidad de los grupos sociales. La etnografía reencantada, como técnica desviada², aspira a registrar la construcción de nuevos sentidos que transformen, amplíen y descolonicen la realidad social cotidiana de la que uno mismo forma parte.

Si la etnografía académica funcionaba como una especie de fenomenología cultural que recopilaba datos y descripciones detalladas sobre costumbres, creencias, mitos, genealogías, historia y lenguajes de *los otros* (los pueblos primitivos, las minorías étnicas etc.), la etnografía reencantada pretende estimular los fenómenos y las prácticas emancipadas de *la propia subjetividad*, tanto personal como comunitaria. Experiencias psicogeográficas, mitos íntimos, frutos de una imaginación repoblada, azares, aventuras, ensueños, juegos, objetos encontrados, experiencias mágicas, red denominaciones, y todo desde el prisma de la acción directa y personal... es este el material en el que se centra la etnografía reencantada. En otras palabras, la etnografía reencantada tiene que ser, al mismo tiempo, un ejercicio de poesía realizada y un método de retroalimentación de la misma.

Por tanto, si la etnografía reencantada tuviera que inscribirse dentro de un programa sería en el de una “poesía de los acontecimientos”³, entendiendo esta como un hacer humano, al mismo tiempo liberador y liberado, negativo y positivo, que “exceda cualquier reduccionismo”⁴ y que sitúe al ser humano en la senda de su plenitud, en el reto infinito de sus mejores augurios. Así pues la etnografía reencantada no es rizo rizado de una ciencia social posmoderna, ni la última vuelta de tuerca de un arte que desde hace demasiado tiempo está pasado de rosca, ni un novísimo género literario esperando su turno para refrescar un mercado editorial saturado. La práctica de cualquier especialización que la sociedad presente ofrece es epistemológicamente débil, políticamente ingenua, históricamente subdesarrollada, y vitalmente insignificante. No nos interesan vuestros tics profesionales. Tenemos, podemos y queremos ir mucho más lejos, hacia un estilo unitario de participación en el mundo y hacia la organización de la beligerancia contra todo aquello que nos lo impida.

Resulta imprescindible situar todo esto a la altura de su verdadero peso: la etnografía reencantada será un arma o no será nada. A través de ella se pretende ejercitar la *desalienación concreta*, el deshielo del caudal de la vida congelado en la glaciación mercantil y en definitiva, entrenarnos en una suerte de gimnasia revolucionaria *sensible* a ciertas tareas de la guerra de clases demasiado olvidadas.

¹ Publicado originalmente en Salamandra # 19-20.

² Hace 50 años los surrealistas belgas teorizaron en su revista “Los labios desnudos” el *detournement* (desvío) como una técnica de resignificación a través de la reutilización de lo existente, a través de su cambio de dirección. El grado de eficacia subversiva de este recurso fue pulido por los situacionistas, que lo convirtieron en una de sus señas metodológicas más reconocibles. La etnografía reencantada sería producto del desvío no de un elemento simbólico sino de un dispositivo o técnica de conocimiento.

³ Eugenio Castro, *Contribución a la lesión del fetichismo del poema y la abolición de las recompensas*.

⁴ Eugenio Castro, op.cit.

Nuestro punto de partida es asumir esta guerra que se nos ha declarado por el simple hecho de existir y *hacerlo de un modo completo*: los sujetos (individuales y colectivos), y especialmente los proletarios, definidos por sufrir de un modo mucho más agudo las consecuencias de no vivir en primera persona, no somos sujetos libres sino los actores y espectadores de la acción de las cosas. El macabro frenesí de la economía, además de devastar el planeta, además de condenarnos a la alquimia de convertir nuestro sudor en el oro de otros, ha desencantado el mundo. Nuestro programa de mínimos apunta a reencantarlo.

El capitalismo, que ha sido capaz de inmunizarse al tratar como vacunas todos los procesos revolucionarios que lo amenazaron, ya no se conforma con reducirnos a fuerza de trabajo y capacidad de compra: cala hasta los huesos y los sueños, allanando nuestros relieves volitivos, engordándonos en imágenes que nos oxidan, transplantándonos a la pasividad eterna del que mira para saber como continúa la cosa. Sin embargo no todo reducto de vida ha sido sometido al dominio colonial de la mercancía. El orden reina pero no gobierna. Por todas partes surgen focos de resistencias, de muy diversa forma, de muy distinto grado, especialmente, y hasta que no pueda ser planteada de forma general otra manera de vivir, en la escala donde opera la microfísica del instante.

Llamamos microfísica del instante al fluir de lo concreto, a los pellizcos de la aguja de la realidad en nuestro acontecer cotidiano. La microfísica del instante es el movimiento de las pequeñas cosas definidas que atraviesan nuestra apertura al mundo y que van constituyendo nuestra singularidad activa: nuestros deseos, nuestras memorias, nuestra conciencia, nuestro mapa del universo. Un gato que tiene miedo de las bolsas de plástico. Una frase con la que se sueña: la noticia que toqué en el agua. Uvas que se muerden como besos para exportar. Despertar por la noche y sentir que el cuerpo abrazado de tu amor es un ancla para volver a hundirte allí abajo. Esto es, en última instancia y tras todos los rodeos que se quieran hacer, el recurso revolucionario por excelencia: nuestros motivos.

Aspiramos, por tanto, a la construcción de una hiperpolítica (“o proyecto político de vida poética”) que tenga en los hechos concretos de nuestra vida cotidiana (en la microfísica del instante) su centro de gravedad, su pivote, su punto de referencia y retorno.

De todos los afluentes que alimentan este río, cartografiar dos de ellos puede tener un cierto interés para algunas discusiones abiertas.

Por un lado, consideramos una urgencia revolucionaria triturar la hipótesis confortable y reaccionaria que hacia las ciencias sociales tienen muchos de sus practicantes; a saber, la idea de las ciencias sociales como disciplinas científicas, con un campo de estudio delimitado y una demanda social de su empleo. Esta idea viene reforzada por la institucionalización académica de las ciencias sociales y por ese tipo de puesta en práctica rotulada con distintos antifaces ideológicos que barnizan de progresismo una profesionalización cómplice con la administración de lo existente: antropología aplicada, politología crítica, historia comprometida o sociología de la acción participante.

Las ciencias sociales no son ciencias. Son, en un sentido amplio, artesanías políticas: cuando el objeto de estudio no es un objeto sino un sujeto⁵ se terminan los campos de estudio y comienzan los horizontes de intervención. La etnografía reencantada asume su carácter político con cierto espíritu de derroche: ensayando el tipo de actitud vital propia de una civilización levantada sobre principios superiores de organización de la vida, contribuir a la subversión y la ruina completa del modelo de civilización actual. Y como todo lo que no sea una ruptura irreconciliable con el principio contemplativo contribuye a la reproducción del orden capitalista, no nos interesa ser sólo testigos de

⁵ Sujeto con el que se tienen relaciones de influencia mutua a través de haces de posibilidad disputados o compartidos.

estos laboratorios de futuros. La etnografía reencantada tiene por campo de intervención política la vida cotidiana de sus propios practicantes.

Por otro lado, una breve reflexión sobre el proyecto de superación del arte. Es sabido que desde hace casi un siglo el arte agoniza en su crepúsculo histórico, asediado por las nuevas posibilidades que las condiciones materiales modernas ofrecen para gestionar la creatividad humana. Sin embargo, la degeneración de estas condiciones materiales modernas⁶, provocada por la constante derrota política de las fuerzas que las podían haber liberado de sus *corsés organizativos*⁷, exige la revisión de algunos planteamientos. El programa situacionista, que sigue siendo válido en su núcleo de convertir la vida en un juego apasionante, debe desprenderse de ciertas inercias propias de su época. El ejemplo más claro es su tecnofilia, que hoy maladapta las ideas situacionistas para un escenario en el que el decrecimiento, el desmantelamiento de tejidos industriales y el retorno a una vida social de metabolismo lento deben convertirse en ejes prioritarios del programa revolucionario. Con este viento histórico en nuestras velas, los intentos de superación del arte han de volverse mucho más humildes. La sencillez inherente a la etnografía reencantada, su ligereza, su accesibilidad, puede convertirla en un buen punto de partida para conductas experimentales *no sofisticadas* en el campo de la realización de la poesía.

La etnografía reencantada no requiere de helicópteros de los que saltar antes de explotar, ni de un costoso financiamiento que la haga depender de un mecenas anarquista o de ponerla al servicio de un turismo controlado. La construcción de situaciones apuntaba tan alto que era imposible realizar el mínimo esbozo positivo en el actual marco de organización social. Cuando el ritmo del delirio capitalista nos ha sobrepasado con creces, el nuevo proyecto de superación del arte debe recobrar el sentido común. El afinamiento dialéctico con las tendencias latentes de la época. El juego popular La realización positiva, aun fragmentaria y parcial, porque negatividad y positividad son las dos caras dialécticamente inseparables del cambio, que operan simultáneamente y no en sucesión temporal. El carnaval. La tradición oral. La música hecha en círculo por todos. Y especialmente una cosmovisión reencantada, que permita una ética de lo maravilloso, un estilo de vivir donde la magia se haga común sin dejar de ser excepcional.

Lo que especifica a la etnografía reencantada sería una suerte de registro de vivencias poéticas unitarias, que por su misma conciencia de existir como proyecto facilita la *concentración* de la vivencia poética unitaria. Sin excepción, hasta en los ambientes sociales más miserables, todos poseemos experiencias abundantes de lo maravilloso: iluminaciones, delirios que explotan como pompas de jabón, analogías fugaces, coincidencias, pasiones inexplicables, deseos concretísimos, ocurrencias llenas de sentido que se esfuman como el fuego de una cerilla. El problema es que los hábitos alienados de la vida capitalista dispersan de tal modo el contacto con lo maravilloso que muchas veces resulta imposible de concebir. La mayoría de nuestras mejores perlas ni siquiera consiguen emerger del limo primordial de la experiencia inmediata y tomar forma lingüística.

Consideramos que un medio de intervención apropiado para concentrar la experiencia de lo maravilloso consiste en proponerse registrarla durante un espacio y un tiempo delimitado. Esto es la etnografía reencantada. Si nuestras hipótesis son correctas, la mera predisposición al ejercicio etnográfico de lo maravilloso cambiará cualitativamente la percepción y la acción subjetiva durante ese periodo de tiempo, fomentando una suerte de hipersensibilidad activa, que no se encontrará con lo maravilloso sino que lo despertará.

⁶ Envenenamiento generalizado, agotamiento de recursos, alienación tecnológica, industrialización cancerígena.

⁷ La forma mercancía, la propiedad privada de los medios de producción, el Estado como plataforma política.

No queremos esperar a la primavera sino provocarla. Novedosos y divertidos fenómenos florecen espontáneamente sin enamorados que los deshojen. Las zapatillas que cuelgan de los cables de la luz de mi barrio. Son bonitas porque cortocircuitan la rutina. Ahí esta contenida toda la carga verdad de la revolución. Necesitamos una actividad vivencial que sea capaz de activar su detonador. La etnografía reencantada está buscando este paso del Noroeste.

La etnografía reencantada está todavía por desarrollarse, y en su desarrollo deberá solucionar problemas nuevos que su propio proceso vaya encontrando. Respecto a nuestros primeros ensayos prácticos, suficientemente estimulantes aunque todavía elementales, parece que la notación etnográfica no tiene porque ser demasiado exhaustiva en el momento de la experiencia poética inmediata. Resulta preferible un cierto vagar espontáneo y despreocupado siempre y cuando uno se sienta poseído por una especie de estado febril, de entusiasmo que la conciencia de salir a documentar lo maravilloso debe provocar. Unos breves apuntes nemotécnicos, en forma de fotografías o palabras clave transcritas en el reverso de una servilleta, parecen más que suficientes para la primera fase, esto es, la de la experiencia poética concentrada. Una fase posterior resultaría la elaboración de la descripción densa de la experiencia de lo maravilloso en forma de un documento etnográfico reencantado.

La etnografía reencantada parece especialmente viable para sucumbir a una ciudad como a un todo, sea esta la propia o cualquier otra. También se intuye una buena herramienta para no olvidar que todo viaje verdadero es un viaje interior y vivirlo como tal. Ámbitos más pequeños de lo cotidiano parecen, a primera vista, suficientemente fértiles para aplicar esta técnica. La etnografía reencantada de la manzana en la que uno vive o de su propia habitación no tiene porqué carecer de interés y potencialidad emancipatoria.

Pasar de la masa atomizada al nosotros, pasar de la anécdota al incendio provocado, pasar del ello a un yo colectivo que no *sea* sino *haga*, y que en este hacer consciente refuerce su propio hacer y su propia conciencia. Esta es la fórmula del movimiento general de toma de control de nuestras vidas, este es el *abracadabra* del acceso a la historia. Como especie, es ya un desafío inexcusable el construir una comunidad humana, una humanidad en definitiva, capaz de administrar armoniosamente su propia potencia. Y no tiene demasiado sentido plantearse si es posible alcanzar un grado de alienación cero o un nivel de autocontrol absoluto. Superar la fase prehistórica de la humanidad no implica desterrar, de un solo golpe, el conflicto del mundo, sólo avanzar hacia la resolución de ciertos problemas comenzando a gozar del propio conflicto.

En esta línea de operaciones, en el placer del conflicto contra un imaginario reseco y colonizado dentro de un combate más general por una sociedad distinta que no se nos escape de las manos y que a la vez permita una vida más plena, se inscribe la etnografía reencantada. De momento, hasta que llevemos más lejos nuestro proceso de desfetichización, estos son nuestros rudimentarios logros.

Emilio Santiago y Analía Silberman